



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLI Zaragoza, 5 Mayo 1939. - Año de la Victoria Núm. 929

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

Saludo a Franco «Arriba España»

todo se sentía orgulloso de su fuerza y el Ejército sentía su poder y seguía ofrendando la vida para seguridad de esta España tan querida.

En Valencia, la galanura levantina sembró de flores todo el suelo como alfombra de las tropas victoriosas. ¡Jamás se vió cosa semejante en Valencia!

En Madrid, la capital, será lo inenarrable. Ya la entrada de las tropas el día de la liberación fué día de felicidad enloquecida.

Es cierto que en todas partes la liberación ha sido una alegría impresionante. De Madrid nos cuentan los que gozaron esa liberación que daban por bien empleados todos los sufrimientos pasados por la alegría de ver entrar nuestras tropas.

Y luego seguirá Zaragoza, que será Aragón, y todas las regiones.

Que ruede por España de continuo.

Este año es el Año de la Victoria.

Que marque una nueva era en España.

Que jamás se borre de la memoria. Gratitud eterna a Franco, genio de la guerra moderna, que ha logrado la Victoria tan rápida y aplastante. Ha reconquistado la Patria, ha vencido al comunismo, ha hecho a España Una, Libre y Católica, y la hará Grande.

Gratitud por siempre al Ejército y Milicias, que con generosidad sin límites han dado su vida por Dios y por la Patria, en una lucha terrible.

Gratitud a todos los servicios que han hecho posible la lucha, estableciendo comunicaciones, transportes, aprovisionamiento, hospitales, alimentación, confecciones, información... todo ese complejísimo conjunto que se ha tenido que improvisar y que ha sido el asombro del mundo.

Gratitud imperecedera a los amigos de fuera, a nuestras queridísimas hermanas Italia, Alemania y Portugal, y al lejano Japón, identificadas con nuestro dolor desde el primer momento y que ahora gozan con nosotros esta hora de felicidad.

Una nueva era, una era en que ya no habrá *marxismo*, porque ha muerto en los campos de batalla. Ya no habrá liberalismo, porque también ha muerto en la lucha. Ya no habrá materialismo, ni paganismo, ni ateísmo, ni siquiera indiferentismo, porque ha brotado con empuje irresistible el espíritu cristiano que estaba sofocado y acobardado. España ha logrado la muerte de sus enemigos interiores y exteriores.

España siente la alegría de su libertad y vuelve pujante, con más bríos que nunca, libre de todas las trabas, a la expansión del espíritu cristiano, que es su vida y que torna, como savia renovadora, a los troncos mortecinos, a todas las ramas que ya se cubren de flores y todo lo llena de belleza y perfume como una primavera de la vida.

FELIPE CLEMENTE

FLORACION

Estamos gozando la Victoria.

En plenas fiestas de la Victoria.

En todas partes quieren desbordar su entusiasmo patriótico en actos de júbilo jamás conocido.

En Sevilla fué un delirio de exaltación emocionante, un tributo de gratitud a su Libertador y Padre, a Queipo de Llano, y sobre todo, al Caudillo, que levanta tempestades de aplausos y vivas por donde pasa. La gente desahogaba su alegría al paso de aquel ejército interminable que había ganado la victoria. El pueblo

¡AL CIELO!

¡Qué hermoso está el monte!
¡Qué ambiente de luz!
Ya están los discípulos
Ya está allí Jesús.

¡El es! es el mismo;
no cabe dudar
sus manos llagadas
y su dulce faz.

Triunfó de la muerte;
¿quién lo vencerá?
Dueño es de la vida;
es el Inmortal.

Este es el momento
del Reino de Dios;
todos están prestos
a escuchar su voz.

Id, dice el Maestro,
a todas las gentes;
enseñad a todos,
vasallos y reyes.

Decidles que guarden
toda mi doctrina
y así gozarán
de la eterna vida.

¡Qué es esto, Dios mío...!
Jesús va subiendo
en marcha gloriosa
triunfante a los cielos.

¡Qué blanco el vestido!
¡Qué hermosa su faz!
¡Qué resplandeciente!
¡Qué bello que está!

Ya toca las nubes,
que son su peana;
ya se va a los cielos,
ya se va a su casa.

Miran a la nube...
ya nada se ve.
Jesús se ha marchado.
¿Ya no va a volver?

Dos ángeles blancos
les vienen a hablar:
Jesús se ha ido al cielo,
y al fin, volverá

en trono de nubes
como lo habéis visto,
con la cruz delante,
el día del juicio.

MARIANO



TRIBUNAL BARATO

—¡ Señor...!
—¿Qué te ocurre, Macario?
—Pues, que hi pensau, qui hace mucho que no hi ido a veraniar...
—Hombre, no estábamos para ese regalo en estos años de guerra.
—Pero, ahora, s'acabau la guerra y el cuerpo lo nesecita. Que con lo qu'himos pasau, ya es hora de tener una miaja e respiro.
—Ciertamente, pero lo piensas con mucho tiempo.
—Es que hay qui aprovechar las

ocasiones y ahora me vendría mu bien ime a mi pueblo.

—Ahora a veraniar a tu pueblo?
—Si, porque, yo quió aduyar a to lo que sea menester pa la Patria. Y allí hay cuatro esgraciaus que no saben su mano drecha y ahora es cuando s'ha de poner más cudiau en apañar los pueblos...

—Pero tú ¿qué te sabes de arreglar los pueblos? Si apenas sabes escribir una carta...

—¿Y ellos, qué saben?—En mi

pueblo len "El Eco..." y lichen "el Macario"... y saben que estoy en este Trebunal hace muchismo tiempo, que m'han salido los dientes aconsejando a tol mundo y allí me tienen muchismo respeto y s'hará lo que yo mande.

—Pero ¿qué tonterías se te ponen en la cabeza!

—Es qui ahura es menester mucho cudiau pa que no se metan otra vez a gobernar u a regolver los pueblos la gentuza mala que va golyiendo.

—¿Y quién te mete a ti a semejante cosa? Eso, la autoridad y la policía.

—Usté no sabe lo que pasa. Es menester que los que semos di orden, presonas de veras de drechas de toa confianza, aduyemos a la autoridad, porque los que semos del pueblo conocemos mu bien del pié que pisan toos.

—Si tú hace años que no estás en el pueblo.

—No tié que ver eso. Tol mundo sabe lo qui han hecho el "Garroso" y el "Tuerto", el "Remojau" y la cuadrilla del "Pelagatos". Y ahura quien golver al pueblo y himos formau una guardia entre unos cuantos pa recibilos cuando güelvan... y dales los güenos días.

—Pues, eso de darles los buenos días lo mismo lo pueden hacer los demás.

—No valen toos pa éso, que se nesecita corazón.

—No lo entiendo.

—En muchos pueblos los han recibido a estacazos, ques lo menos que se pué hacer con esa gentuza... y nosotros haremos lo mesmo, qui aun me guardo aquel garrote con fñudos que me dió uno del Tercio. Ya l'aseguro a usté que al primer garrotazo...

—¿Estás loco?

—No, señor, no; ya se lo voy a enseñar...

—¡Macario! Es indigno de un cristiano ese lenguaje.

—Y ellos, ¿qué han hecho?

—Nosotros no podemos ser como ellos. Nosotros somos cristianos y hemos de obrar como cristianos.

—Paiso gozaría poco de coger entre mis uñas al "Garroso", que es más malo qui un demonio, pa icile: ¡granuja, criminal, ponte ahura con mí!, y al primer estacazo lo dejaba seco, pa que no golviera a hacer más males y dejalo después en un barranco pa que se lo comieran los perros... aunque pué que le tuvián asco...

—Repito que no hables más. En esta casa no consiento semejante lenguaje. Eso es hacer lo mismo que los rojos, aunque lo quieran hacer con los malos y los rojos lo hagan con los buenos. Eso es el desahogo desenfrenado de la venganza y del placer cruel de hacer padecer. La Autoridad es la única que puede intervenir en eso. Ahora nos merece confianza

y ella es la que ha de detener y juzgar y castigar a los culpables. Estos son tranquilos, que se hará justicia. Lo ha dicho Franco repetidas veces: justicia inexorable para el culpable; misericordia, para los engañados. Así lo ha dicho también el Papa: castigo, para el crimen; misericordia, para los equivocados. Y así lo hacen. El auxilio que se puede y debe prestar a la autoridad es el que ella pida y siempre a sus órdenes; sobre todo informar con verdad y limpios de rencor y de venganza. Ciertamente que no hemos de consentir que vengan los culpables y pretendan incorporarse a la vida normal, como si no hubiera pasado nada; pero eso es locura pensar que pueda ocurrir. La autoridad es la primera interesada en ello. Franco nos ha llevado a la victoria; hemos tenido confianza en él en la guerra; ahora la tenemos plena también en la paz. Nadie como él sabe lo que ha costado la victoria; nadie como él quiere que no se pierda la paz.

Tilín, tilín...

—Adelante...

—¿Se qué pasar...? ¡Viva España! ¡Viva Franco!

—¡Sí, hijo mío, sí! ¡Viva España!, con toda nuestra alma. Ese grito es el que se oye y se ha de oír en todas partes en este Año de la Victoria. ¡Qué alegría da decir ¡Viva España!, qué consuelo y qué desahogo!

—Aún no lo sabe usted bien... Si hubiá estau usted ande hi estau yo...

—Lo sabemos todos los que amamos a Dios y a España.

—Pero aquí asentadico se dice muy bien. Lo qui pasau yo, señor Mago, que me paice mentira que esté aquí. ¡Cuántas gracias l'hi dau a la Virgen del Pilar!

—Ha sido muy terrible.

—Misté, yo hi estau hasta hace unos días con los rojos... Yo hi sido siempre de drechas y toa mi familia; así que cuando nos cogieron los rojos ya nos traguemos la muerte, y si no nos afusilaron fué por milagro. Y siempre en un ¡ay!; siempre pensando que te venían a buscar, que t'había denunciado algún traidor... to la vida temblando.

—Ciertamente, ha sido espantoso. No sé cómo se han podido salvar muchos en medio de tantos peligros. Una providencia especial de Dios.

—Nos himos visto en cosas muy gordas. Yo hi sido siempre muy espabilau y eso ma valido. Cuando nos detuvieron, que venían con aquellas pistolas grandes y unas gorras negras como los de las motos, con antojos negros que paician diablos, ascape dijeron: ¡Viva el comunismo! y levantemos el puño bien preto y contestemos también ¡viva! Y siempre que pasaba alguna bandera roja ascape a levantar el puño pa isimular.

Quician ¡viva Rusia!; pues, ¡viva Rusia!; y así siempre, pa engañalos y que no conocieran que era de drechas. Y como había tantos espías, habías de mirar mucho lo qui hablabas. A mí no me conocía naide quera de drechas; pa isimular, hablaba como si fuá el más rojo, y así himos podido escapar.

—¿Y a Dios le engañabas?

—Dios ya lo sabe que soy de drechas.

—Lo que Dios sabe es que te has avergonzado de ser de drechas y que te has declarado enemigo de Dios.

—Pero eso era a la fuerza.

—A la fuerza, no.

—Te hubian matau.

—O no; muchos hay que se han declarado de drechas, hasta monjas, frailes y sacerdotes y no los han matado a todos.

—Por casualidad. Usted no sabe lo qui ha pasau; aquello era una degollina continua; en ser cura o de drechas, a matalos y sin fijasen en lo qui hacían, al tun-tun; detenelos y matalos en cualquier puesto; en el camino mismo.

—Ciertamente; y así han sido asesinados centenares de miles.

—¿Lo ve usted?

—Pues bien, lo mismo te hubiera pasado a ti.

—¡Toma! Y qué quería usted, ¿que m'hubían muerto?

—Yo hubiera querido que hubieras sido siempre un buen cristiano...

—Eso lo hi sido siempre. To los días le rezaba a la Virgen del Pilar y ella m'ha saçau de too, y por eso l'hi venío a dar gracias y l'hi puesto una vela di a peseta.

—Tú no has sido buen cristiano; tú has sido un cristiano cobarde y traidor a tu fe. No podemos negar nuestra fe por miedo, aunque sea con riesgo de la vida. Precisamente eso es lo más glorioso de esta persecución espantosa. Tantos y tantos miles de sacerdotes, frailes, monjas, seminaristas, hombres y mujeres que no solamente no han ocultado su fe como si fuera un delito, sino que se han mostrado orgullosos de ser cristianos y han reverdecido los laureles de martirio de la Iglesia primitiva, que es la de siempre. Y cuántos han vivido en medio de los rojos asistiendo a los necesitados, preparándolos para el martirio, confesándolos, celebrando la santa misa en las casas particulares y aún en las mismas cárceles! ¡lo mismo que en las catacumbas! siempre ofreciendo a Dios su vida por el bien de sus hermanos... En la Iglesia primitiva también hubo cobardes como tú y traidores a su fe; pero estaban avergonzados de su apostasia, y se sentían atormentados por el remordimiento y acudían a la influencia de los mártires para que con una carta del mártir dirigida al obispo, éste le perdonase y le admitiese de nuevo en la Iglesia. Porque el que reniega de

Jesucristo se separa de la Iglesia, él mismo se marcha; y cuando alguno quería entrar de nuevo, le sometían a un tiempo prudencial de penitencia para que expiase sus pecados y pudiera probar la constancia de la virtud que de nuevo prometía. Y hasta no se les permitía entrar en el templo; y luego se les admitía, pero separados de los fieles, hasta que el obispo los perdonaba y los recibía otra vez en la comunión de los fieles y les administraba de nuevo los sacramentos, con alegría de todos.

—Sí, pero ahora los tiempos han cambiau. No himos hecho poco quimos escapau...

—Sí; han cambiado los tiempos porque habéis cambiado vosotros. Ya ves cómo han sido muchísimos los miles que no han cambiado; que se han dejado matar, lo mismo que en los primeros tiempos y que siempre. Vosotros, sí, habéis cambiado. La Iglesia se muestra más benigna en exigir esas penitencias, pero jamás ha dicho la Iglesia que se puede apostatar, que se puede negar a Jesucristo y llevar la vida y las conversaciones como los rojos. Dios sigue el mismo, y la Iglesia exige, de parte de Dios, el arrepentimiento y la enmienda; pero, además, la penitencia adecuada a tan tremendos pecados.

—¿Pero yo quiba a hacer?

—Ya te lo he dicho: morir mil veces antes que levantar el puño o negar a Jesús. Podías ocultarte, disfrazarte, escapar, como han hecho muchos, pero tu conducta ha sido la de un apóstata. Y lo más triste es que estás tan tranquilo, como el que ha hecho una habilidad, cuando debías tener tu corazón lleno de amargura y llevar una vida de verdadera penitencia.

—¿Qué quíe usted, pues, qui haga?

—Primero, reflexionar sobre lo que te he dicho y, luego, hacer un buen examen de conciencia, arrepentirte bien de todo, confesarte bien y llevar una vida ejemplarísima en agradecimiento a nuestro Señor y en señal de penitencia.

EL MAGO

ECOS DEL SAGRARIO

¡Señor! Dejadme estar un rato si quiera a tus pies, en tu Sagrario. Que se llene mi alma de la fragancia de tu retiro divino.

Y del encanto de esta soledad.

Y se penetre de fe viva.

Y de seguridad.

Y de alegría.

Un rato en que piense sólo en Vos; en que os vea con claridad, en que mi alma se transparente como el cristal a vuestra mirada, y la penetréis totalmente, disipéis las sombras y la llenéis de vuestra luz y atractivo divino.

¡Siquiera, un rato!

Un rato de cielo para robustecer mis fuerzas para servirlos con más fidelidad, para aumentar mis ansias de ir a vuestro cielo. J. ADELAC

Olor de Cristo

LA SONRISA DE D. JUAN

Se dice que la cara es el espejo del alma. Realmente, el alma es invisible pero se refleja admirablemente en la cara principalmente.

Esponáneamente aparece en el semblante, sin que nosotros lo pretendamos, el agrado que nos produce una visita, el deleite que sentimos en la conversación, en la lectura, en un espectáculo.

En el rostro se refleja la contrariedad que experimentamos ante una negativa, o la indignación que nos produce una insolencia o el horror que nos causan los crímenes de los rojos, o el espanto o el temor de un peligro.

La cara es una de las maravillas de la creación, en la que expresamos de golpe, sin palabras, con una actitud o con un simple gesto, nuestro pensamiento y nuestros sentimientos, y leenlos del mismo modo, en nuestro prójimo, la simpatía cordial o la corrección cortésana, la indiferencia o el interés, lo mismo que la negativa, la suspicacia y el odio.

Y como Jesús ha dicho que "de la abundancia del corazón habla la boca", en el rostro se asoma lo que llena y desborda el corazón.

Los santos han tenido el corazón lleno de caridad y lleno de esa serenidad y dulzura que el mundo no puede conocer y que daba Jesús cuando saludaba diciendo: "Os doy la paz; no como la da el mundo, os la doy Yo".

Es cierto que ha habido santos que han llorado mucho, como San Francisco de Asís; pero era el santo de la ternura, que se emocionaba ante un pájaro, ante el lobo, ante una flor; su cara era siempre de suavidad atrayente y regocijada.

Ha habido también algún santo de aspecto melancólico, quizás por sus achaques físicos y también por estar siempre asomados al abismo del pecado, que miraban espantados y se entregaban con ardor insaciable a la penitencia.

Lo ordinario ha sido, en todas las almas puras y elevadas, un semblante transparente, ingenuo, que era la irradiación de su espíritu envidiable. Es eso que el mundo cristiano ha llamado "sonrisa beatífica", sonrisa de felicidad o sonrisa de santo.

Así era D. Juan; así lo fue siempre y como nota dominante de su carácter y de su espíritu.

Una sonrisa suave casi imperceptible, como disposición natural del rostro y que al llegar a la madurez de la vida se hizo más sensible y permanente. Era, realmente, así también,

el espíritu que se asomaba por aquel semblante noble y abierto.

Aquella sonrisa permitía hablarle sin reserva y sin temor, porque encontraba un alma sencilla y sin prevención; un alma inofensiva en que podía descansar con confianza, porque de ella nada podía temerse. Se le veía rebotante de bondad.

Se dice que los malhumorados tienen cara de pocos amigos. La cara de D. Juan era de simpatía para todos.

Pero no era de simpatía estudiada, como en la gente del mundo, para lograr el atractivo de los demás, o la expresión alquitarada de finos modales; en D. Juan era espontánea, sin pretensiones, sin cálculos; lo que daba de sí, lo que había en el corazón.

Por eso manaba siempre, en lo adverso y en lo próspero, y sobre todo en el flujo continuo de la vida vulgar, impregnando todos los momentos con esa presencia grata que era suave alegría y transcendencia sobrenatural de vida divina.

Su espíritu era de un optimismo extraordinario; veía siempre la acción de Dios y contaba siempre con la Omnipotencia divina y con el amor paternal de Dios y con las sorpresas continuas con que nos asombra Dios en la marcha espiritual de su gobierno del mundo y de las almas.

Por eso su semblante no reflejaba preocupación ni temor, siempre esperando alguna insospechada intervención divina que solucionaba todas las cosas de modo maravilloso.

Con frecuencia, el que pretendía mortificarle quedaba desarmado con la sonrisa inalterable que le descubría la altura de aquella alma que no alcanzaba la injuria.

El que le había ofendido y tenía que recurrir a él, o simplemente visitarle, y sentía la timidez y la improcedencia de su conducta, quedaba sorprendido ante la sonrisa sencilla, que no era benevolencia que perdona, sino ignorancia e inadvertencia de la ofensa. Aquella sonrisa placida llenaba de alegría al ver que D. Juan no se había enterado de la mala acción y que no había perdido su estimación.

No se alteraba ante la monotonía, ni la impertinencia fastidiosa de visitas molestas; no se gastaba con el roce continuo de la vida diaria. Se sentía feliz, estaba en la presencia de Dios y le amaba con toda su alma y amaba también a sus hermanos, y por eso sonreía siempre, como los santos, con sonrisa candorosa y celestial.

JUAN DE LA CRUZ

Biblioteca de EL ECO DE LA CRUZ

OBRAS PUBLICADAS

"La Bruja Blanca". Obra premiada en el concurso Villahermosa-Guaqui. 5.ª edición. Las dos partes en un solo volumen. 2.50 pts.

"Las Aventuras del Diablo", por Julio Ascanio, con muchos grabados geniales. 2 pts.

"Memorias de un socialista", por Julio Ascanio. 5.ª edición. 0.60 pts.

"La Araña o la Casa del crimen", novellita social de gran interés, por Julio Ascanio. 0.75 pts. (Agotado).

"El hombre misterioso", por Julio Ascanio. 0.50 pts. (Agotado).

"El Mago". Tomo 1.º (Agotado).

"El Mago". Tomos 2.º, 3.º y 4.º, con 200 páginas y cartas de Macario. 2 pts. cada uno.

"El hopar en cenizas", por D. Rafael Pamplona. 150 páginas. 2 pts.

"Desde mi Cartuja y mi Tebaida", por Nardo, con inspiradísimos grabados. 4 pts.

"Dos Vocaciones", por Marina. 2 pesetas. (Agotado).

"La Sombra de Jesús". Leyenda histórica, por D. Rafael Pamplona. 0.50 pts.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio:

Doña Carmen Campoamor, La Coruña; Rdo. D. Mariano Ladaga, Pbro. Magallón; Sor Mercedes Recalde, Cervera del Río Alhama; Rdo. Don Pablo Alvarez, Pbro., Pina de Ebro; Doña María Cerdán, Almonacid de la Sierra; Rdo. D. Manuel Tejero, economo, Cintruénigo; Superiora del Hospital, Magallón.

A NUESTROS LECTORES

Es preciso por todos los medios extender el conocimiento de Dios y de su ley santísima.

Cada suscriptor, que logra hacer un nuevo suscriptor. Cada lector que se convierte en suscriptor.

Todos sean diligentes en abonar su suscripción por adelantado.

Es sostener y asegurar un mensajero de Dios.

"EL ECO DE LA CRUZ" es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia, Fábricas, Conferencias, Patronatos, etc.